



# Haroldo Conti

Caminos al andar

Federico  
von Baumbach



Federico von Baumbach es Licenciado en Ciencias de la Comunicación y cursante avanzado de la carrera de Edición por la Universidad de Buenos Aires.

Ha participado en talleres literarios dictados por los escritores Mario Goloboff y Vicente Battista, y en Clínicas Literarias coordinadas por Guillermo Martínez. Dictó talleres literarios en Centros Culturales y de forma particular, junto con el seminario “Tradición y ruptura”, que propone un recorrido analítico por los cuentos de Abelardo Castillo.

Desde 2004 colabora periódicamente en diversas revistas culturales y de teoría y crítica literaria del país (5 Sentidos, Lea, Jíbaro y Esperando a Godot), Chile (Hoja de papel, Universidad de Viña del Mar), Colombia (Perífrasis, Universidad de Los Andes), y en el suplemento cultural del diario panameño Día D. Actualmente, se desempeña como corrector literario para la Editorial Palabras, integra el equipo de redacción de la revista cultural Dangdai y es asesor de contenidos editoriales de la revista que publica el Ministerio de Educación de Chile.

# Introducción

La escritura del presente trabajo abarca cronológicamente la totalidad de los cuentos escritos por Haroldo Conti, desde el relato de juventud “Rosas de picardía”, encontrado por Marcelo y Alejandra Conti en un cuaderno escolar del escritor, hasta su última creación literaria, el cuento “A la diestra”, concebido poco antes de la fecha de secuestro, el 5 de mayo de 1976. Integran este recorrido los relatos editados en los libros *Todos los veranos* (1964), *Con otra gente* (1967) y *La balada del álamo carolina* (1975); las revistas *Baires* (1963/64), *Casa de las Américas* (1972/1978), *Revista Latinoamericana* (1972), *Crisis* (1987); y los diarios *Página 12* (2009) y *Clarín* (1974).

*Haroldo Conti. Caminos al andar* posee una estructura de alternancia que a la vez funciona como punto de pasaje de corte circular. Los capítulos dedicados al análisis crítico de cada uno de sus cuentos se relacionan con diferentes momentos de su vida y de su obra: la alusión a las novelas *Sudeste*, *Alrededor de la jaula*, *En vida* y *Mascaró*; el compromiso político asumido como intelectual desde las filas del Frente Cultural del Partido Revolucionario de los Trabajadores; la labor periodística en la revista *Crisis*; el ejercicio de la docencia; la infancia y el crecimiento entre Chacabuco y Buenos Aires; la reconstrucción testimonial de la fatídica noche del secuestro.

El texto culmina de la misma forma como se le dio inicio: la escena de aquella gélida madru-

gada de mayo de 1976. Aunque el final ha sido enmarcado poéticamente desde los versos de Juan Gelman, con su poema “El árbol”, del emblemático libro *Gotán* de 1962.

Quizá mayo represente el mes que da sentido a la circularidad de la vida y de la muerte de Haroldo, todo nace para morir y volver a renacer artística y creativamente, en la propuesta literaria de andaduras de caminos que significó su cuentística: los caminos conducen al camino, gran metáfora en la elección del destino de los personajes, tan cercano, por qué no, al destino del propio lector.

“De nuevo me marchó. Nací para un camino solitario. No es mi castigo, es simplemente mi destino”, le escribió Haroldo en una carta a su hijo Marcelo.

La cuestión del camino puede ser claramente identificada en diferentes instancias dentro de su estética, otorgando desarrollo, volumen y espesura de estilo al género. Así, en el relato “Muerte de un hermano”, el camino proyecta como metáfora la intensa despedida entre hermanos, en un acto que en la trama se traduce con aparente superficialidad en una simple enumeración de figuras errantes, de cierto carro soñoliento deslizado por el horizonte o algún vagabundo que saluda a la distancia, y luego todo lo que no se alcanza a ver del camino, el resto del mundo.

La mirada de lo que acontece al lado del camino, y no en el centro del camino, se profundiza en el cuento “Como un león”, donde el narrador de la villa sabe que por mandato familiar llegará el día en que la vida se le cruzará delante y deberá saltarla y depredarla en condición de marginal, como un león. Mientras, observa y espera. Espera lo que indefectiblemente está condenado a repetir.

Pero el camino también conduce a matices menos rígidos y más cálidos en el devenir. El camino puede desplegar la mimesis del hombre en el movimiento del espacio y del tiempo, el personaje es: “El tío es ahora el tibio camino de tierra cruzado por frescas sombras que atraviesan sus largas piernas”, escribe Haroldo en “Las doce a Bragado”. O en otro pasaje: “[...] y solo queda por delante el camino pelado, el campo húmedo y la mañana olorosa [...]”. Y la proyección se vuelve solo infinitud, vitalidad eterna frente a la muerte.

En “Mi madre andaba en la luz” la dimensión del camino se asume desde el plano de la bifurcación. Se puede elegir la opción del regreso a la infancia, al origen e inicio de la vida, en la traslación de la ciudad al pueblo, o bien decidir el recorrido del desarraigo, donde el camino arrastra con plenitud la esencia y los recuerdos pueblerinos. El personaje, finalmente, asume la decisión de esto último.

La pregunta por la escritura, por qué se escribe, qué moviliza a ese acto, la representación y pensamiento acerca de la distancia, se condensa con la justicia de lo ameritado, de lo concedido, en el relato “Los caminos”. El camino resulta el vehículo cultor de la amistad, de los amigos y también de las ausencias, en la reunión de la mesa del recuerdo. Y ahí aparece Paco Urondo, Lirio Rocha, Alfonso Domínguez, el gran escritor mendocino Antonio Di Benedetto y el flaco Bataglia, junto al Nene Bruzzone, vecino y amigo de la casa que Haroldo tenía en el Delta, hoy transformada en Casa Museo.

Chacabuco fue el pueblo natal del escritor. Y el espacio de llegada errante y salida nómada, de recepción y producción de los diversos momentos que atravesaron su vida. En este juego de

desprendimientos y regresos, Chacabuco integró literariamente, sobre todo en la última parte de su producción cuentística, la que se ubica a mediados de la década del '70, las regiones conformadas por los pueblos satélites: Warnes, Cucha-Cucha, Irala, Morse, entre otros.

En las callecitas de Morse, a modo de representación de uno de los pueblos satélites, todo enfoque parece divisar el estático movimiento de las cosas. La ubicación de la perspectiva en la detención del tiempo de la estación de servicio, la amplia Plaza José Bartis, el Museo Agropecuario, el puñado de 500 habitantes que transitan todos los días por el largo camino de la Avenida Las Acacias, que une la ruta provincial 30 con las casitas vecinales.

El río del Delta también fue el camino natal del escritor. Y es así como la tierra y el agua conviven actualmente para que él aún esté: “Él está. La gente te lo hace sentir. Haroldo nunca se fue, sigue estando. Y espero que esté por mucho tiempo más”, recuerda María del Carmen Bruzzone, hija del entrañable Nene Bruzzone.

*Haroldo Conti. Caminos al andar* reconstruye en clave ensayística la producción completa de los cuentos de uno de los escritores más importantes de la literatura argentina en la segunda mitad del siglo XX.

Fue ecléctico. Polifacético. Íntegro en su estética y en su ética, sin por eso incentivar al otro a que cultive un modelo de idealización del intelectual perfecto. Entonces, ¿pueden imaginarse caminos para pensar la figura de Haroldo desde la actualidad, su presencia dentro del tiempo de ausencia?...

La ternura acaso pueda ser una opción. Sí,

puede ser. “Lo vería más tierno hoy a Haroldo. Así me lo imagino”, asegura emocionada María del Carmen Bruzzone, isleña de alma y tradición. Como sus padres, trayectorias de vidas retroalimentadas en cada puesta de viento que todavía sopla, ya en la distancia asumida del tiempo, desde el sudeste.

“Donde terminan los caminos, allá estoy yo”, expresó Haroldo en una carta dirigida a su tía Haydé Lombardi, en 1974.

En la esencia *contiana*, capaz de narrar toda esa vieja y sencilla historia de la gente en medio del camino, donde “La vida de un hombre es un miserable borrador, un puñadito de tristezas que cabe en unas cuantas líneas”, el enfoque literario abre el análisis crítico y el reconocimiento a la escritura de sus relatos, que el lector con ternura descubrirá o no olvidará porque ya ha quedado identificado con la noble arquitectura de su prosa.

O quizá solo se trate de un puñado de casas pueblerinas que cambiadas de lugar parecen *el* mundo. Porque hay escritores que te obligan a ser diferente cuando se los lee. Haroldo Conti es uno de ellos. Y será uno de ellos. Camino al andar, siempre.

F.V.B.

Buenos Aires, marzo de 2014